

NACIONALISMO

José Luis Feito (*)

¿Quién es el responsable del mayor número de muertes violentas acaecidas en el pasado siglo XX? Acaso la mayor parte de los lectores respondan a este interrogante con los nombres de Lenin, Stalin o Hitler. Desconocerán, casi con seguridad, el nombre de la persona que catapultó los acontecimientos que permitieron la llegada al poder de esos siniestros genocidas: Gavrilo Princip, miembro del movimiento nacionalista de Bosnia Herzegovina que buscaba su separación del imperio austrohúngaro e integración en Serbia. Este nacionalista serbio fue el asesino del heredero del imperio austrohúngaro, el archiduque Francisco Fernando, y de su mujer, la duquesa de Hohenberg, Sofía Chotek, el 28 de junio de 1914, poniendo así en marcha la dinámica que terminaría encumbrando a los dictadores más tenebrosos de nuestro tiempo.

La desolación de Europa causada por la primera guerra mundial y sus secuelas, por un lado, y por otro la doctrina de Wilson para guiar la reconstrucción europea, *el principio de la autodeterminación de los pueblos*, dieron alas a los nacionalismos sectarios y agresivos, excluyentes y expansivos que precipitaron la explosión de 1939. Wilson pretendía con la aplicación de ese principio sustituir en Europa autocracia y monarquía por democracia y república, pero nunca hubo en Europa tan poca democracia como en la mayoría de las naciones que se crearon en el periodo de entreguerras. Quería que surgieran naciones con cohesión social, “*etnoculturalmente homogéneas*”, sin violencia civil y en paz entre ellas, pero lo que se consiguió fue desencadenar la mayor guerra civil europea de todos los tiempos.

El propio Secretario de Estado de Wilson, Robert Lansing, vislumbró claramente las desastrosas consecuencias que acarrearía este principio y dejó constancia de ello en su diario: “...*La frase está cargada de dinamita. Hará albergar*

(*) Presidente del Instituto Estudios Económicos

esperanzas que nunca podrán ser realizadas. Me temo que costará miles de vidas. Está condenada a desacreditarse, a ser el sueño de un idealista que no se dá cuenta de los riesgos que entraña hasta que sea ya muy tarde para frenar a los que intenten llevar la doctrina hasta sus últimas consecuencias... ¡Qué desgracia de frase! ¡Qué miseria va a causar!..." (Citado en Moynihan, D.P., Pandaemonium: Ethnicity in International Politics, N.Y, Oxford University Press, 1993, p. 83).

Muchos ignoran que Wilson fue un supremacista blanco que vetó el acceso de los negros a la Universidad de Princeton cuando era presidente de la misma, alabó al Ku Klux Klan y limpió su Gobierno Federal de empleados negros. Quizá estas ideas tuvieran algo que ver con esa concepción wilsoniana de la sociedad ideal, *"un pueblo, una nación, un estado"*. Ciertamente no es sorprendente que un distinguido grupo de supremacistas catalanes haya creado su web con el nombre *"colectiu Wilson"* para promover la independencia de Cataluña. Por cierto, los escritos de estos independentistas en defensa de las bondades de una Cataluña independiente muestran el grado de entontecimiento o envilecimiento intelectual que puede provocar el nacionalismo incluso en académicos de reconocido prestigio profesional.

Existen varios rasgos comunes que comparten los nacionalismos etnoculturales de ayer y de hoy. La base de éstos nacionalismos es la identificación de un imaginario pueblo de rasgos étnicos y culturales supuestamente homogéneos con un territorio y la reclamación de la plena soberanía para ese territorio si no la tuviera o, si la tuviera, la anexión o la reclamación de territorios de otros países en los que vive parte de ese pueblo. Este es un planteamiento lleno de peligros porque, en realidad, los territorios, cualquier territorio y de manera especial los que se encuentran dentro de un país de dilatada historia, albergan conjuntos de individuos que son la resultante de sucesivas oleadas de

inmigración y emigración de gentes diversas desde y hacia otras partes del país (o desde y hacia otros países). Esto es, no existe una nación entendida como un grupo etnocultural homogéneo que coincida con un trozo de territorio. Habrá siempre minorías o mayorías que no se sientan parte del pueblo mítico o de la imaginaria nación en distintas partes del territorio e incluso dentro de grupos humanos más reducidos vinculados por lazos laborales o de amistad o parentesco, sin excluir la misma familia.

Por eso, un rasgo común a todos los movimientos nacionalistas es la tensión social que ocasionan y la proliferación de campañas de persuasión y adoctrinamiento, de presiones de todo tipo para que la población no nacionalista se convierta o se marche del territorio. No es inusual la elaboración explícita o tácita de listas de traidores o enemigos del pueblo, así como el recurso a la amenaza de un tipo u otro y a la agitación callejera para conseguir que toda la población que vive en el territorio termine ahormándose al molde del supuesto pueblo o nación imaginada por los nacionalistas. Es inherente al nacionalismo, por tanto, el ejercicio de la violencia civil contra una parte de sus conciudadanos. Una violencia que será de mayor o menor intensidad dependiendo del poder institucional y de los medios con que cuenten los nacionalistas. Una violencia sistemáticamente orientada a que la sociedad en cuestión termine siendo artificialmente el pueblo o la nación que naturalmente no es, violencia que aunque no sea física puede ser igualmente dolorosa y que los nacionalistas siempre niegan (ciertamente ellos no la padecen) o la disfrazan como un ejercicio de autodefensa de su identidad cultural.

El irredentismo, la utilización de la historia como una ballesta para que el pueblo vuelva a sentirse hoy la nación que real o imaginariamente fue ayer, el culto y propagación popular de una memoria histórica selectiva, embellecida o burdamente inventada (como en el caso en Cataluña) para oscurecer la dilatada y verdadera realidad histórica en la que se ha desenvuelto la vida en el

territorio, es otro rasgo común de los nacionalismos etnoculturales. Es habitual el recurso a fechas simbólicas para transmitir con la mayor reiteración y visibilidad posible que existió un pasado de plena soberanía e inflamar las emociones populares con el sentimiento de una independencia robada y sempiternamente anhelada. Así, tras la victoria del partido independentista en Quebec a finales de la década de los 70 del pasado siglo se cambió la leyenda de las placas de los coches, *"La belle province"*, por *"je me souviens"* aludiendo con esto último a la New France que fue derrotada por los británicos en la guerra de los siete años de 1763. En Serbia, la fecha mítica es la batalla de Kosovo contra los turcos en 1389, invocada vehementemente por Slobodan Milosevic en su discurso de 1989 dentro de los actos de celebración del 600 aniversario de dicha batalla que antecedieron la sangrienta desintegración de Yugoslavia. En Cataluña, la fecha es 1714, pero a diferencia de los casos anteriores, los nacionalistas catalanes tergiversan torticeramente la historia cambiando tanto el motivo de la guerra que tuvo lugar en aquel año como las consecuencias de la misma para la sociedad catalana.

Es una característica distintiva del nacionalismo catalán, además del grado superlativo de invención y manipulación histórica, es la inaudita capacidad de convencer a amplias capas de la población no nacionalista, y quizá también a ellos mismos, de la *"verdad"* de sus mentiras. Sin duda, los líderes nacionalistas catalanes conocen bien una de las reglas fundamentales del mundo orwelliano, *"nos mentimos a nosotros mismos para ser más convincentes cuando mintamos a los demás"*. No sé si esa capacidad es un indicador de la superioridad intelectual de los nacionalistas catalanes frente a los de otros países o de lo contrario. En principio, cuando más fácilmente se engañe uno mismo o se deje engañar por los demás menos inteligentes tenderían a ser los individuos. Claro que también es posible que al menos algunos líderes y seguidores nacionalistas sepan que sus proclamas, quejas y justificaciones son falsas y en la intimidad alardeen de

su habilidad hameliniana para arrastrar a su causa a amplias capas de la población. El hecho innegable es que partiendo de axiomas falsos (el expolio fiscal, la permanencia de una Cataluña independiente en la UE o en el euro, la persecución de la lengua catalana, el déficit de inversiones del Estado en Cataluña, la recentralización administrativa, el derecho a que ellos decidan y los demás no, etc) y entremezclando sinrazones con sentimientos alcanzan clamorosos y pavorosos sinsentidos. Más grave es que la aplicación continua y sistemática de su pseudología alienta el rechazo y la hostilidad, cuando no el odio, a sus paisanos no nacionalistas y al conjunto del país al que quieren dejar de pertenecer.

Desde una perspectiva histórica más dilatada, los nacionalismos etnoculturales o los nacionalismos románticos son y han sido siempre una reacción contra la ilustración y el cosmopolitismo. Estos nacionalismos fueron ayer, y lo son hoy, intentos de anteponer los valores tribales o comunales a los del individuo. No son, ni han sido nunca, bases sólidas para construir el futuro de las sociedades sino fuente de obstáculos para rebotar hacia el pasado. Tienen siempre una raíz populista porque inflaman y se nutren de las inquietudes del individuo ante las exigencias y los cambios inevitables que ocasiona el progreso. Porque prometen el paraíso, la cura de todas las penurias económicas que pueda padecer la sociedad, a cambio del mero hecho de conseguir la independencia y lograr la plena soberanía. Lo que verdaderamente conseguirían sería empobrecerse y una soberanía ilusoria, en muchos aspectos inferior a la que podrían disfrutar con su pertenencia a un país más grande. Esto es así porque con la propagación de los avances tecnológicos y la progresiva reducción de los costes de transporte, y la consiguiente aceleración de los movimientos transfronterizos de personas, bienes y capitales, la soberanía e independencia real de un Estado moderno para llevar a cabo las funciones que le son propias (moneda, defensa y

seguridad, justicia y Hacienda pública) es directamente proporcional al tamaño económico del país en que se sustenta.

El proceso civilizador, como lo denomina Norbert Elías, es la causa primordial de que la inmensa mayoría de los cinco mil grupos étnicos o culturales que hoy existen en el mundo no tengan Estado propio. Por ceñirnos a nuestro continente, según el historiador Quincy Wright (*A Study of War, 2nd edition, 1962, Chicago University Press*), el número de unidades políticas independientes o soberanas en Europa en el siglo XV era de unas cinco mil, en su mayoría baronías y principados; en el siglo XVII, después de la guerra de los 30 años, de unas quinientas; en la época de Napoleón de doscientas y en 1953 de unos treinta. Aunque con la desintegración de la Unión Soviética y de Yugoslavia ha habido un ligero aumento desde entonces, la tendencia histórica es claramente contundente. Es evidente que si el tren del progreso sigue avanzando, la próxima estación, por sinuoso que sea el camino y por mucho que tardemos en llegar y aun cuando alguna que otra nación puede quedarse pérdida en el trayecto, es un país llamado Unión Europea.